

Weber como una fuente teórica no agotada para nosotros hoy. Porque Weber, a la par que despliega sus descripciones desengañadas, nos ofrece la clave para sortear el desafío que supone el avance del proyecto moderno. La clave está en no dejarse atrapar por la contraposición entre inteligencia y afectividad, entre responsabilidad y convicción, entre institucionalidad y carisma. Y esta es justamente la propuesta de Villacañas. La inteligencia, dice bellamente, “es siempre afectiva con aquello que reconoce” (p. 118).

Que el proyecto moderno tenga otro chance en el republicanismo dependerá de la reactivación de la ciudadanía como capacidad analítica y como compromiso afectivo que se libere de todo fatalismo anímico –incluido el fatalismo freudiano. Y aunque, a mi juicio, Villacañas le concede demasiado a la metafísica freudiana (porque a lo mejor Carl Schmitt no es otra cosa que una reelaboración política de Freud), este libro es una muestra y un avance de esa ciudadanía. Es un libro importante, sobrio, que debería ser leído por todos los que, desde un bando o de otro, o desde el bando cada vez más nutrido de los sin bando, se interesan en la política.

Andrea MEJÍA

Carlos FERNÁNDEZ LIRIA, *El marxismo hoy. La herencia de Gramsci y Althusser*, Madrid, Bonalitra Alcompas, 141 pp.

Carlos Fernández Liria lleva más de tres décadas haciéndonos pensar po-

niendo en jaque al marxismo vulgar o al marxismo escolástico, planteando la necesidad de conjugar marxismo con el proyecto político de la Ilustración: Marx está en diálogo constante con autores como Immanuel Kant, Jean-Jacques Rousseau o John Locke. La tesis defendida por Fdez. Liria, con uñas y dientes, tanto en la Academia como en entornos militantes de izquierda, es que el comunismo no es un fin en sí mismo, sino que es un medio para otra cosa, para la socialdemocracia, por ejemplo; la lucha comunista tiene que ir encaminada a la construcción de un Estado de Derecho, para proteger frente a un torbellino neoliberal la condición de *ciudadanía*. Y esta obra que presentamos aquí es la última consecuencia de esta tarea intelectual y militante de Fdez. Liria que pretende reflexionar, con Gramsci y Althusser, sobre la situación y lo que debe decir el marxismo en nuestros días. El autor nos hace la siguiente propuesta: “rescatar a Marx del marxismo”. En esta pelea ideológica entre diferentes tradiciones marxistas tendrá vital importancia el concepto de “hegemonía” del autor italiano denominado como “el marxista de las superestructuras”.

La tarea que se propone el autor es la de señalar qué elementos del pensamiento marxista (y marxiano) quedaron obsoletas y cuáles son de la máxima actualidad, a pesar de un pensamiento postmoderno que tuvo determinado éxito en los ambientes académicos pregonando en las aulas que las categorías marxistas como “obreros” o “capitalistas” quedaron desfasadas o incluso que el discurso de las clases sociales ya habría sido

superado al encontrarnos en una tercera etapa del capitalismo, la del capitalismo más avanzado con la economía del conocimiento o con el crecimiento del sector servicios. La producción teórica de Marx ya no tendría sentido porque estudió la sociedad moderna y actualmente nos encontramos en una perturbada postmodernidad. Pero cabe señalar que toda estas “superaciones postmodernas” son meros fantasmas con determinados intereses económicos y políticos, y así lo señala Fdez. Liria: “tanta inasible novedad se desvanece tan pronto como uno pregunta, por ejemplo, por la ropa que lleva encima [...] Quién hace tu ropa: mujer joven, asiática, con un salario de 40 euros mensuales y 12 horas de jornada”. El discurso de las clases sociales no ha podido ser superado, porque no se ha superado la distinción entre clases sociales. Y en todo este tinglado nos encontramos con la necesidad de hablar de Gramsci y Althusser. Gracias a este último es posible abordar la obra de Marx con un poco de serenidad académica. De esta manera señala el autor que con Althusser empezamos a buscar qué es lo que decía Marx para luego, con todas las cartas sobre la mesa, sacar las conclusiones políticas, y no al revés.

Parece que nos encontramos con algunas sorpresas a medida que vamos avanzando en la lectura del libro, siguiendo el empeño del autor en demostrarnos que una buena lectura de Marx, mediada por los instrumentos que nos dotan Gramsci y Althusser, no puede rebuscar en ningún recóndito lugar de las páginas marxianas algo así como una “teoría general de la historia”, y en este

negocio teórico que conlleva peligrosas imbricaciones políticas, juega un papel central cierta lectura de Marx: la relectura estructuralista de la mano de Althusser. Desde el marxismo escolástico se mantiene que, ante todo, Marx habría dado cuenta de las leyes del acontecer histórico, unas leyes que serían “dialécticas”, las cuales explicarían la necesaria transformación de unos modos de producción en otros culminando con el advenimiento de la sociedad comunista, donde ya no habría lugar para la distinción entre clases sociales. Estas leyes que hemos señalado se corresponden con lo estudiado por parte del “materialismo dialéctico”, por lo que Marx habría formado una escuela filosófica muy peculiar: el materialismo dialéctico, heredera de Hegel pero con un sistema materialista. Con Althusser corregimos, no a Marx como pretendía Mandel, sino al marxismo escolástico; el seminario “Lire *Le Capital*” demostraría que en Marx no hay lugar para esas leyes del acontecer histórico, y Althusser pondría entre interrogaciones el papel protagonista de la dialéctica en la obra de Marx. La contribución althusseriana al marxismo del siglo xx fue la de señalar que Marx no habría descubierto las leyes de la historia, sino que habría estudiado las leyes del capitalismo, descubriendo así “leyes *en* la historia, leyes de las cosas históricas, pero no leyes *de* la historia” (p. 21). La pretensión de Marx no es de ninguna manera haber descubierto “la ley general de la historia”; en primer lugar tenemos que atender a que la obra fundamental de Marx lleva el nombre de *El Capital* y no algo así como *Teoría*

*general de la historia*. Toda la relación que tiene el objeto de estudio de Marx con la historia es que el capitalismo es algo histórico: Marx ha estudiado las leyes del capitalismo, no las leyes de la historia. Con el seminario de Althusser se sientan las bases para separar la propuesta teórica (e inevitablemente política) de Marx de las filosofías de la historia, sobre todo para separar a Marx de Hegel; el seminario de Althusser acercó a Marx a lo que se denominaba como “estructuralismo”. El francés consideró que la revolución teórica de Marx residía en el descubrimiento de una estructura, en dar con la esencia del capital. Fdez. Liria explica la estructura en cuestión: “el capitalismo es imposible sin las relaciones de producción capitalistas, las cuales consisten *antes que nada* en el hecho de que el conjunto de la población haya sido violentamente expropiada de sus medios de producción” (pág. 42). Todo el objetivo de Marx en *El Capital* no es otro que tratar de esclarecer aquello que hace capital al capital, esto es, la búsqueda de las condiciones necesarias para que pueda darse el modo capitalista de producción. En la investigación de las estructuras, Althusser trae al terreno de juego la concepción de causalidad estructural, “ausente” o “metonímica”, que consiste en la eficacia de una ausencia, de una estructura que ha sido construida históricamente pero que está “ausente”, estando presente tan sólo en sus efectos: aquella que mantiene separada a la población de los medios de producción.

Tras todas estas apreciaciones, el autor repara en el supuesto “antihumanis-

mo” del marxismo, señalando que no es el marxismo lo antihumanista sino que es el capitalismo, el objeto de estudio de Marx, lo que rezuma antihumanismo. Marx trata al ser humano como la “personificación de categorías económicas”, pero no es Marx quien trata a las mujeres y a los hombres como meras cifras de una operación matemática muy complicada destinada a su total fracaso. El ser humano, bajo las relaciones capitalistas de producción, [es] se ha convertido en una nada social, antropológicamente no es nada. Al proletarizar la humanidad nos damos de bruces con una humanidad basura, dándonos cuenta de que los problemas del capitalismo no tienen nada que ver con los problemas humanos, con todas las consecuencias morales que este antihumanismo conlleva. Se nos plantea la pregunta ¿qué responsabilidad tenemos nosotros en todo esto?

Nos encontramos ante una situación política en la que nuevas organizaciones políticas de izquierda han dado una patada al tablero revolucionando la estabilidad política de años atrás, como puede ser Podemos en España o Syriza en Grecia. Sin duda estas formaciones conectan todavía, de alguna manera, con el marxismo, a través de la figura intelectual de Gramsci. El marxismo con el que se están produciendo los cambios políticos en la Europa actual es heterodoxo, las fórmulas utilizadas por Gramsci no encajan muy bien con lo que ha venido siendo la tradición marxista. El marxismo escolástico afirmaba que lo superestructural no tenía autonomía alguna, mientras que, por el contrario, el pensamiento gramsciano

dio cuenta de que hay que conceder algo de autonomía a lo superestructural para que la lucha política no se confunda de derroteros derivando en alguna versión meramente economicista del marxismo; se debe llamar la atención sobre el hecho de que, ante todo, la lucha política es una lucha ideológica, y en la lucha de clases, para conseguir revertir la situación, hay que conquistar la *hegemonía*, sobre todo cuando la pelea por las ideas se da en los medios de comunicación y en los programas de tertulia política que consumen las clases populares que, a día de hoy, conforman el proletariado. Para conquistar eso que Gramsci ha conceptualizado como hegemonía “la clave está en lograr que los intereses particulares de una clase social puedan presentarse como los intereses generales de la sociedad en su conjunto. Esto es lo que convierte a una clase social en la clase dominante. Una clase nunca es dominante en virtud de su mero poder de coerción, de la fuerza bruta que es capaz de ejercer sobre otras clases sociales dominadas o subalternas. A un poder puramente coercitivo le faltaría lo que políticamente llamamos *legitimidad*” (pp. 82-83). Gramsci fue el teórico que hizo ver al marxismo la importancia de crear la ficción de una voluntad general, dándose cuenta de que la lucha política es la lucha por la hegemonía, una pelea que el marxismo tiene que dar saliendo de la endogamia militante de la izquierda y del sectarismo para instalarse en el centro de atención de lo que se llama el sentido común de la población, haciendo pasar los intereses particulares de las clases populares por los intereses de toda

la población en su conjunto, esto es, disputarle la hegemonía a lo que tradicionalmente el marxismo denominó como “burguesía”. Por ello, señala Fdez. Liria que lo importante para la lucha política por parte de las clases oprimidas, en primera instancia, es la de romper la hegemonía ideológica de la clase dominante.

Con las herramientas de la que nos ha dotado la lectura de Gramsci y Althusser, el filósofo Carlos Fernández Liria defiende la tesis que ya había defendido en otros lugares, pero con mayor pedagogía, puesto que el libro que presentamos aquí es escrito para una colección divulgativa sobre la Historia de la Filosofía que ha estado entregando el diario *El País* los domingos del pasado año. Se trataba, sin duda, de un compromiso político, que Fdez. Liria asume escribiendo para un público poco habituado a la bibliografía marxista, pero muy numeroso (se han tirado 250.000 ejemplares del libro). Y para conseguirlo, ha sido preciso, sin duda, un duro tira y afloja con los editores de un periódico muy acostumbrado a decidir los límites de lo que conviene y no conviene divulgar. El profesor de Filosofía de la Universidad Complutense da, con este libro, la batalla por las ideas en un terreno peligroso de juego, el de la mayoría social que lee los diarios deportivos y de tertulia política y que no se dedica a discutir en un oscuro y frío despacho de alguna facultad o de algún local de alguna asociación de izquierdas sobre si es mejor traducir “infraestructura” o “base” (importante y ardua tarea, desde luego).

La conclusión básica del libro es la de señalar que desde la derecha hasta la

izquierda del espectro político hay una idea a la que el marxismo no tiene el derecho a renunciar: la de una república en la que los ciudadanos se doten a sí mismos de legislación, una sociedad de hombres y mujeres libres e iguales, una comunidad de ciudadanos. El marxismo contemporáneo no puede renunciar al proyecto político de la Ilustración: la creación de una República cosmopolita antagonista al despotismo; pero el marxismo siempre ha despreciado esta idea ligando, de manera peyorativa, la república de la que hablamos con la burguesía y su deriva ideológica. Para defender las ideas de Estado de Derecho, de democracia, de propiedad, de imperio de la ley, de la separación de poderes, etc., hay que ser necesariamente marxista puesto que el capitalismo es incompatible con todas ellas; no hace falta irse muy lejos, basta con recordar el golpe de estado financiero que los poderes económicos europeos dieron en la Grecia de Alexis Tsipras: cuando se intentan aplicar los principios democráticos (políticos y económicos) los lobos del capitalismo desuellan a las ovejas griegas. La Declaración de los Derechos Humanos y las Constituciones de los países son papel mojado bajo el capitalismo: capitalismo y democracia son dos palabras incompatibles. Por su parte, los marxistas deben darse cuenta de que el problema no es el Estado Moderno, sino el capitalismo. Tampoco lo es la invención “burguesa” del sistema parlamentario sino el hecho de que no son sistemas parlamentarios, solo fachadas, donde se refrendan políticas económicas decididas en algún despacho de Bruselas. Y si no se vota lo

que ya se ha decidido que hay que votar, es tan fácil como eliminar el Parlamento declarando la situación de excepción y darle el bastón de mando a un gestor con cara de pocos amigos. El problema no es la democracia representativa, el problema es que en estas condiciones no representa a nadie. De ahí la necesidad de una lectura republicana de Marx, de defender el concepto “ciudadanía” sin regalárselo a la derecha y a los poderes financieros, y de dar la batalla por las ideas de democracia, de Estado de Derecho, de imperio de la ley, etc., sin dejar que la derecha liberal se apropie de ellas para recortar derechos sociales haciéndolo pasar por la voluntad general de la ciudadanía; el marxismo no puede empeñarse en crear un *hombre nuevo* y dar lugar a tragedias antropológicas como los gulags de Stalin o la Revolución Cultural de Mao. La tarea marxista para disputar el poder a las clases opresoras es la de garantizar una República de ciudadanos. La idea de Estado de Derecho es necesariamente anticapitalista. A modo de conclusión recupero las palabras de Fdez. Liria sobre lo que sería o no sería un Estado comunista: “Hoy en día, cabría definir un Estado comunista como un Estado democrático en el que los derechos civiles, políticos y sociales básicos no dependan del *impulso político* de un eventual *gobierno* comunista, sino que se hallen consagrados como tales derechos fundamentales y amparados (con carácter incondicional) por las correspondientes instituciones de garantía” (p. 116).

“El reino de la libertad solo comienza allí donde cesa el trabajo determi-

nado por la necesidad y la adecuación a finalidades exteriores [...], por consiguiente, está más allá de la esfera de la producción material propiamente dicha. [...] La libertad en este terreno solo puede consistir en que el hombre socializado regule racionalmente ese metabolismo suyo con la naturaleza poniéndolo bajo su control colectivo [...] Pero este siempre sigue siendo un reino de la necesidad. Allende el mismo empieza el desarrollo de las fuerzas humanas, considerando como un fin en sí mismo, el verdadero reino de la libertad, que sin embargo solo puede florecer sobre aquel reino de la necesidad como su base. La reducción de la jornada laboral es la condición básica” (Karl Marx).

Daniel G. CORRAL

Peter SLOTERDIJK, *Fiscalidad voluntaria y responsabilidad ciudadana. Aportaciones a un debate filosófico sobre una nueva fundamentación democrática de los impuestos*, Madrid, Siruela, 2014.

Este volumen, traducido por Isidoro Reguera e introducido por Carla Carmona, de 172 páginas, se compone, al margen de la introducción de veinte páginas, de un prólogo, dos artículos, cuatro entrevistas sobre la crisis en general y, finalmente, otras cuatro sobre la voluntariedad deseable de los impuestos y todo el “ruido” generado por esta propuesta.

La introducción de la profesora de Corrientes filosóficas y científicas del pensamiento occidental es una defensa

de Sloterdijk frente a los ataques de los últimos frankfurtianos (como Axel Honneth) y de los socialdemócratas ante la idea de caminar a una sociedad donde los impuestos sean una contribución voluntaria a un Estado que debe agradecer al contribuyente su generosa donación, fruto de su esfuerzo y su tiempo. La línea de defensa de Sloterdijk y de su apologeta Carmona es que el socialismo (de la socialdemocracia europea, se entiende) ya no es más una ideología sino una función del estado y que no deja de ser un déficit democrático relevante la circunstancia de que el pago de impuestos sea mensual o anual (diario, en el caso de los indirectos) y las elecciones se convoquen cada cuatro años, cuando menos. A la postre, Sloterdijk no estaría cuestionando el pago de impuestos sino su enfoque coactivo. Su propuesta no sería neoliberal sino que se situaría más allá de las dicotomías al uso -en eso sigue a Heidegger más de una vez, en ese desplazamiento (que ya denunciara no sin irritación Pierre Bourdieu) a otro “lugar” cada vez que aparecen los frentes- apostando ahora por una “Psicopolítica de la donación” que permitiera la puesta en funcionamiento de fuerzas tímóticas propias de la condición humana que la Historia del Nihilismo (léase, “de la Metafísica”) ha ido sepultando y negando pero no ha podido aniquilar.

La línea argumental prosigue criticando la ausencia de sentido de la realidad del Estado, el cual se empecina en cultivar el resentimiento (bajo el cual es imposible la liberación de la vertiente tímótica de nuestro ser). El resentimiento es causado por la impotencia a la que se